

Decir lo mismo de modos diferentes. Sánchez Rosillo y González Iglesias: Dos poéticas de lo esencial

Víctor Herrero de Miguel, OFM Cap

Universidad Pontificia Comillas

E-mail: vmherrerode@comillas.edu

Recibido: 9 de noviembre de 2020

Aceptado: 14 de diciembre de 2020

RESUMEN: *Jardín Gulbenkian* (2019) y *La rama verde* (2020) son los dos más recientes poemarios de Juan Antonio González Iglesias y Eloy Sánchez Rosillo, publicados con apenas un año de distancia y de cuyos respectivos interiores brota una luz sin mengua. El propósito de estas páginas es la contemplación de lo que consideramos un díptico: dos tablas que, mediante motivos y técnicas diversas, arrojan el cifrado de un mensaje único.

PALABRAS CLAVE: Poesía; bondad; heridas; mundo; belleza; salvación.

To say the same in different ways. Sánchez Rosillo and González Iglesias: Two poetries on the essential

ABSTRACT: *Jardín Gulbenkian* (2019) and *La rama verde* (2020) are the two most recent collections of poems by Juan Antonio González Iglesias and Eloy Sánchez Rosillo, published barely a year apart and from whose respective interiors an undiminishing light spring forth. The purpose of this paper is the contemplation of what we consider a diptych: two tables that, by means of different poetic motifs and techniques, show the encryption of a single message.

KEYWORDS: Poetry; goodness; wounds; world; beauty; salvation.

1. Introducción

Cristina Campo escribe que “la poesía es atención: lectura de múltiples planos de la realidad circundante, que es verdad expresada en figuras”¹. Esta definición precisa del acto poético concuerda a la perfección con la obra de dos poetas españoles contemporáneos: Eloy Sánchez Rosillo (Murcia, 1948) y Juan Antonio González Iglesias (Salamanca, 1964)². Con apenas un año de diferencia, ambos han sacado a la luz sus más recientes poemarios; descubrimos, en su lectura, que estamos ante dos maneras diversas y complementarias de nombrar lo esencial.

En 2019 –tras la obtención del Premio de Poesía Jaime Gil de Biedma, al que se sumaría después el Premio de la Crítica– aparece *Jardín Gulbenkian*, en la Colección Visor de Poesía, que alberga varias obras de González Iglesias; por su parte, a finales de octubre de 2020,

¹ C. CAMPO, *Gli imperdonabili*, Adelphi, Milano 1987, 166. La traducción es nuestra.

² Sobre ambos poetas hemos escrito anteriormente en las páginas de esta revista: V. HERRERO DE MIGUEL, “Totalmente de acuerdo con la vida. Eloy Sánchez Rosillo: poesía y misterio”, *Razón y fe* 272 (2015), 503-513; *id.*, “Sostener casi todo en casi nada. La confianza poética de Juan Antonio González Iglesias”, *Razón y fe* 275 (2017), 271-281.

Tusquets, donde se encuentran todos los libros de Sánchez Rosillo, publica *La rama verde*, su último libro de poemas. Estamos ante dos títulos de una calidad mayúscula. El propósito de cuanto sigue es arrojar sobre ambos una mirada sinóptica que explique lo que consideramos una certeza, a saber: en los dos poemarios, ambos poetas leen la realidad –su verdad expresada en figuras– con una atención que equivale al acto de amar.

2. El jardín y la rama

Si todo título es un nombre que contiene un destino, en poesía el título es, además, una condensación de significado de cuanto el libro alcanza a decir. Es un poema que recoge el sentido de todos los poemas. En el caso que nos ocupa constatamos el hecho feliz de que los dos títulos –además de cumplir fielmente como frontispicios de sus respectivos poemarios– conforman un mensaje único que anuncia el ensamblaje profundo de ambas obras.

Un jardín de una capital europea es un pequeño lugar del mundo que permite al poeta contemplar la hondura de la vida. Lo reconoce de este modo González Iglesias en el prólogo de su libro:

“El jardín Gulbenkian de Lisboa centra este libro en el que se recorren, a partir de ese espacio creado por la arquitectura contemporánea, algunas líneas clásicas: la cultura que ennoblece la naturaleza, el arte como regalo del espíritu, la amistad y la apología de lo sencillo. Protegido por estas formas del amor, el jardín se presenta como símbolo que promueve con su sola existencia la esperanza en un mundo mejor que este” (*Jardín Gulbenkian*, 9).

Y, como parte luminosa de un todo, la rama se revela como un jardín temporal:

“Cuando se agita el viento de la edad,
las hojas secas caen.
Pero en la rama aún verde de la
[infancia
—la que está más arriba, la que en la
[luz se mueve—
canta el jilguero”
(*La rama verde*, 153).

Así rezan estos versos, los últimos del libro, en los que Sánchez Rosillo nos ubica en la niñez, que es el hágase mediante el cual el logos transforma en amor cada vida.

Ambas realidades, la rama y el jardín, nos introducen de hecho en un cosmos semejante al que encontramos en el primer libro de la Biblia, que es un mundo recién nacido donde todo es rama verde, un universo que equivale a un

jardín. No hay en los poemarios, como tampoco en el libro hebreo, afán alguno por esconder las sombras de la existencia, las cicatrices de la vida. Tras la asistencia a un enterramiento, la mirada poética esculpe

“las imágenes tristes
de la dura mañana de finales de enero:
el ataúd entrando con trabajo
—espacio, para siempre—
en la pequeña tumba, la oscuridad
[del fondo,
las ráfagas de lluvia que también
[penetraban
en esa cerrazón, un padrenuestro
dicho en voz queda bajo los paraguas,
rápidas despedidas de los que allí
[estuvimos...”
(*La rama verde*, 19).

Junto a esta pesadumbre real —marcada por el tono poético que acompasa ritmo, palabras y sintaxis a la tristeza de cuanto comunica—, el ojo mirando al mismo mundo capta también la presencia invisible de lo cierto:

“Una mañana
inaugural y brusca pulveriza
todo el invierno. Otra vez, de pie
está todo, otra vez estamos todos.
Está abril al alcance de febrero”
(*Jardín Gulbenkian*, 37).

No hay mentira en la palabra de quienes se han convertido en ventanal. Todo lo que arrastra el viento los impacta, todo lo que sucede

fuera los transforma en atalaya y microscopio. Una de las características que aúna la obra de ambos poetas es, en efecto, la capacidad de que la pupila refleje todo –el espanto y la ternura, el amor profundo por una realidad cuya superficie hiere–, desde una opción –la más difícil, la que más valentía muestra– también semejante: que todo lo nombrado oriente hacia la luz.

3. Captación de la bondad

En un momento como el actual, en el que la cultura de masas –con la promesa falaz de salvar lo diferente– expande la mediocridad de lo homogéneo, escuchar dos voces distintas es un don. Más aún si a la variedad de registros se suma, como es el caso, la coincidencia de aciertos. Mediante la lectura de dos poemas entresacados de sus respectivos libros, podemos ver cómo ambos poetas sienten la imantación de la bondad y cómo, desde retóricas diversas, entregan generosamente todo el bien contemplado.

Así suena, en primer término, la palabra matinal de Sánchez Rosillo:

“SALIR a la terraza bien temprano
y oírte cantar, tan vivo, en la luz nueva
—que aún está a medio hacer—,

da mucha confianza en este día,
amigo verdicillo,
y ganas de vivir (y de ser bueno)”
(*La rama verde*, 65).

La belleza del poema es reflejo fiel de lo que el poema capta: la presencia incondicional de una criatura, su música tierna y feliz. Las palabras del poeta se dirigen directamente al ave, que es sentida como compañera de hábitat y de vocación. Los elementos que configuran la escena rebosan significado: la terraza, como espacio abierto que convierte la casa en mundo; el amanecer, como tiempo propicio al don; la luz, como agente invisible que visibiliza todo. El resultado del encuentro aparece en una triple formulación, que corresponde a los tres estadios de un proceso: *confianza, ganas de vivir, ser bueno*.

Otro espacio (la intimidad del lecho), otro tiempo (la oscuridad que precede al sueño) y un sonido diverso (una grabación que se escucha en el móvil) configuran la ocasión para que González Iglesias transcriba el carácter poético de lo vivido:

“Un podcast sobre Dante a
[medianoche
me trae serenidad. Doy por perdido
el mundo en esta época sin cítaras.
Todo son datos multitudinarios
que conducen al odio, pero suena
como una letanía el italiano,

la conferencia que va compartiendo
el sentido que tiene cada cosa
en el todo, y así cada palabra
en el lenguaje, ya no me parece
que se haya extraviado la esperanza.
Alguien habla de amor en el principio
de una nueva jornada. Entro en el

[sueño
onde uscì dei romani il gentil seme"
(*Jardín Gulbenkian*, 26).

El recorrido del poema, contemplado con atención, no diverge en lo decisivo de lo trazado por el poema precedente. En primer lugar, porque, a la tríada de Rosillo (*confianza, ganas de vivir, ser bueno*), se yuxtaponen ahora otros tres peldaños que nos conducen hasta la misma altura. Se trata de tres sustantivos que vertebran la pieza: *serenidad, esperanza y amor*. Hay también aquí una terraza desde la que el poeta se asoma al mundo, al contenido del mundo cribado por los crisoles del sueño: la cama, observatorio donde cerrar los ojos para ver lo real. Suena también aquí el canto de una criatura que, al igual que el verdecillo, otorga amparo y redención: Dante y la música de la *Comedia*. Y hay, en el fondo, un mismo efecto: atreverse a dar un paso nuevo en la incertidumbre que denominamos vida.

Que los dos poetas sean filólogos – latinista, González Iglesias; hispanista, Sánchez Rosillo – los hace no solamente amar el lenguaje sino hacer del lenguaje un instrumento

de amor. Lo confirma la delicadeza milimétrica con la que sitúan cada palabra en el interior del poema, como un vaso en la cabecera de un enfermo o un beso en la frente de un bebé. No hay en ellos concesión a las modas, rebajamiento de la exigencia o afán alguno por complicar, profanando su misterio, la presencia de lo simple.

4. Descubrir el centro en todo

Encontramos en los dos libros algo que, desde Homero o Isaías o Virgilio, la poesía nos viene enseñando: la posibilidad de salir de nosotros para hallar nuestro más puro centro, el acto feraz de mirar desinteresadamente el mundo.

González Iglesias, que en su anterior poemario convirtió en súplica el deseo de escapar de las jaulas digitales que atrapan el corazón³ y levantó una hermosísima oda a los que viven apartados de toda servidumbre⁴, nos hace ver ahora

³ *Libérame del reino de la cantidad. / No permitas que sea valorado / por el número de seguidores / que pudiera tener en una cosa denominada red* (J. A. GONZÁLEZ IGLESIAS, *Confiado*, Visor, Madrid 2015, 32).

⁴ *Benditos los que viven / como cuando nacieron / y pasan la mañana oyendo el olmo / que creció junto al río / sin que nadie lo plantara. / Benditos los ignotos, / los que tienen / todavía / intimidad* (*Ibid.*, 26-27).

la dicha plena que da saberse preciosamente oculto y prescindible:

“El poeta comparte con la vida
la lentitud y la tenacidad
puesta en aquello que otros
[desestiman,
el desentendimiento, la esperanza
en el grano perdido tierra adentro.
Mientras estoy durmiendo, el árbol
[crece”
(*Jardín Gulbenkian*, 64).

La imagen vegetal, en relación con la existencia humana, es de raigambre clásica y bíblica. También el léxico nos acerca a Roma y a Jerusalén y al encuentro perfecto entre ambas orillas, que da lugar al humanismo. Es en ese momento en que el ser humano se concibe como naturaleza visitada por la gracia cuando, según el poema, el grano se transforma en árbol.

También entre árboles, los que aparecen en la composición titulada *Mañana de Madrid*, el poeta descubre su propia esencia:

“Aquí me quedaría entre estas hojas.
Sentados muy distantes, a la sombra,
casi escondidos leen los ociosos
en libros electrónicos. Hay uno,
un hombre de mediana edad que va
leyendo al mismo tiempo que pasea
y lleva un libro de papel, parece
que sostiene en las manos un código
del mundo antiguo. Cuando se
[detiene
a meditar, a respirar sin prisa,
y mira alrededor para saber

por dónde va, de pronto he recordado
que no hace falta más”.

(*Jardín Gulbenkian*, 68).

Esta serie de doce endecasílabos perfectos que se cierra con un heptasílabo que acaba en golpe de voz acentuado es muestra de cómo una factura cualitativamente imaculada es al mismo tiempo el cofre que custodia el tesoro de lo sencillo. El poeta está en el poema tan a la orilla de todo como en el jardín donde escribe; es solamente uno que mira y dice lo que ve, y hace de esta forma que aquello que él constata y cuanto su lenguaje despierta en nosotros sean lo mismo: la certidumbre de plenitud que da la recepción de lo que nos ha sido dado.

También en *La rama verde* asistimos a un proceso análogo de desposeimiento y marginalidad que, junto al respeto amoroso que prodiga hacia todo lo que alienta, hace de Sánchez Rosillo un creador de estética franciscana. Así, en el poema inaugural del libro, se nos habla de un sueño primero gestado en la niñez –el texto nos hace entender que se trata de la ilusión infantil de convertirse en poeta– y que, con el discurrir del tiempo, se constata como fundamento que sostiene la vida:

“Hebra de luz apenas,
hilo de agua.

Nunca en la vida me ha
[desamparado”.
(*La rama verde*, 11).

Apenas unos versos antes, esta misma realidad es caracterizada como algo *inconsistente*, / *tan ligero y frágil* / *como vilano o pluma* / *de gorrión*. Que esta vulnerabilidad de un anhelo sea vista como el motor de los propios pasos es muestra de cómo, para el poeta murciano, no es aquello que el mundo llama éxito –cuantificable, objeto de premios– lo que determina el error o la puntería existenciales, sino la fidelidad a lo que muy temprano se presentó como una vocación que, con la figura leve que toda belleza tiene especialmente en los orígenes, advino a la propia vida junto a la promesa de un cumplimento.

Reaparecen en el poemario presencias que durante toda su obra cobijan los ojos del poeta. Como la luna, que no arroja una luz melancólica –recurso en ocasiones forzosamente usado en literatura– sino una alegría que capacita a quien la recibe a compartir su propio destino:

“La miro con el gozo
del que todo lo ignora de la muerte,
del que respira y canta.
Han pasado años, siglos, y ahí
[fulgura,
en qué centro sereno de mi
[asombro”.
(*La rama verde*, 23).

Hay en este último verso una expresión certera para comprender la poesía de Sánchez Rosillo: *centro sereno de mi asombro*. Esto es lo que su palabra hace: colocar la realidad en la diana de la atención, contemplarla con admiración y reverencia, esperar paciente la palabra justa –la que concuerde, la que no altere su estado– y aplicarla como un gesto de amor.

La realidad, leemos en otro poema de *La rama verde*, se ofrece como *regazo y vínculo*. No se trata, pues, de transformar el mundo, de orquestar complejas planificaciones o urdir planes revolucionarios. La poesía no es propaganda ni anuncio, sino lenta y plena comunión que nos transforma:

“Aquí sólo preciso
atención e ilusión, abrazo, entrega,
estar entre las cosas
igual que se nos muestran ellas mismas
en su sosiego y su conformidad.
Este asentir unánime
suenan con el fervor de una cadencia,
y más aún porque el silencio es
algarabía de lo vivo y junto”.
(*La rama verde*, 28).

Nótese –siendo casi el reverso exacto de lo que se ha venido en llamar la performatividad del lenguaje– cómo en el poema late esa misma cadencia que el poeta descubre en el mundo, y de qué ma-

nera las palabras se calientan con ese mismo fervor. No es que podamos hacer cosas con palabras, sino que las cosas también se transforman en lenguaje.

5. Expiación por la mirada

Sabemos gracias a Borges que el hallazgo de una raíz verbal es una de las formas de la justicia, pues la comprensión correcta de algo restaura el orden en el mundo, devuelve su lugar a lo que caminaba extraviado. También, por la relación que existe entre obligación moral y cumplimiento, representa un modo de ser feliz. Leemos en un diccionario etimológico de latín que la piedad nace de adentro, pues *pius a peut-être signifié à l'origine "au cœur pur", piō a sou-vent le sens de "purifier", par suite "effacer par un sacrifice, expier"*⁵.

Frecuentando a estos dos poetas el lector descubre que la palabra es también un lugar sagrado donde se realiza un sacrificio de purificación: es la pira en la que la mirada introduce al corazón para que se restauren las relaciones con el mundo. Tanto Sánchez Rosillo como González Iglesias conciben

la poesía, como ya habían hecho Platón u Horacio, como acción cultual. Por ello, no hay en sus versos espacio para experimentaciones verbales, deconstrucciones de ideas, complejos fuegos de artificio ni fealdades que profanan la sacralidad del decir. Al contrario, la palabra es el limen del templo de lo real. Así lo descubrimos en el siguiente poema de Sánchez Rosillo:

"Dejé mi casa y me adentré de lleno
en la extensa mañana, en su luz
[nueva.
Pudo no suceder, y sin embargo
la vida decidió que ocurriría.
Tú por tu lado, y por el mío yo
—sin presagios ningunos,
[distráidos—,
nos fuimos acercando hasta esa calle,
una calle cualquiera. Y coincidimos
en el instante aquel del universo.
Qué extraño su existir, qué
[inescrutable:
en su fugaz transcurso, nuestros ojos
supieron encontrarse en un
[relámpago
hecho de origen y de tiempo entero".
(*La rama verde*, 37).

El título de la pieza (*Algo que no es azar*) y, sobre todo, el contenido de la misma —también el tono en el que todo se dice—, dejan claro que el poeta canta desde el Misterio. Las palabras que aparecen (*adentrarse, luz nueva, extraño, inescrutable, relámpago*), el tránsito que el poema delinea (*dejé mi casa... nos fuimos acercando... coincidimos*), los

⁵ A. ÉRNOUT – A. MEILLET, *Dictionnaire étymologique de la langue latine. Histoire des mots*, Librairie C. Klincksieck, París 1959, 510.

indicadores espaciales (*esa calle, una calle cualquiera*), las marcas de temporalidad (*la extensa mañana, el instante aquel del universo, origen y tiempo entero*) todo en el poema tiene las medidas y el peso justo para que quien lee sienta la presencia de algo superior, de una voluntad no casual, de un propósito que se revela instantáneo en su aparecer y eterno en sus consecuencias.

La misma mirada sanadora la vuelca el poeta hacia fuera como antídoto luminoso contra las sombras que en ocasiones genera el corazón:

“Por qué estás triste, dime. No es
[posible
que a estas alturas de la edad no hayas
aprendido a vivir,
que todavía no comprendas nada.
Todo está bien. Debieras darte

[cuenta.
El universo es tuyo, pues respiras.
Celebra este momento silencioso,
el equilibrio frágil que sucede
mientras la luz se apaga tras los
[montes
desdibujados de la lejanía”.

(*La rama verde*, 51).

Un atardecer que acontece en la distancia, descubierta y contemplado con equidad y recogimiento, es mejor ansiolítico para la tristeza que los que fabrica la química. No es arbitrario que sea el sol poniente quien acuda en auxilio del poeta, pues en esa hora, si somos capaces de recibir lo que la vida

nos da, el mundo entero se llena de misericordia. Un sol soñoliento que necesita descansar, que se persigna y recuesta como un niño es la ocasión para que la mirada descubra que *todo está bien*, que respirar –ese acto inconsciente, ese resorte que nos mantiene vivos– supone la participación completa en el mecanismo invisible y perfecto de lo real.

Quien ama lo visible deja que todo lo concreto le afecte. Así funciona esta ley de reciprocidad. Y, por causa también de este amor herido, el poeta descubre su puesto:

“Miro el mundo.
Estoy seguro de que acerté cuando elegí el ascetismo, ser poeta.
Entran por la ventana las estrellas.
El futuro es un canto temperado,
pero también habrá entusiasmo.
[Estoy
a solas de una vez con el lenguaje.
A la vez monacal y luminoso,
entre las criaturas y las cosas”.

(*Jardín Gulbenkian*, 71).

Los versos de González Iglesias son mármol tallado: se adivina tras ellos la presencia del compás y de la regla, las incisiones del puntero, la vibración de la macesta, la superficie de lenguaje que allana la gradina. Comunican lo mismo que el cuerpo de un danzante: el esfuerzo transformado en gracia. En el poema anterior –que acontece, como muchos otros del

poeta, en un espacio interior que se comunica con el mundo a través de una ventana— el poeta se asoma a lo de fuera y, con la displicencia elegante de la tradición clásica (eso que el Quattrocento llamó la *sprezzatura*), reconoce que su lugar en el mundo está fuera de él: en *el ascetismo*, en *el entusiasmo* (término que nos habla de Dios), en *el lenguaje*. Los dos endecasílabos finales —que sólo puede escribir quien escribe desde lo que ha escrito Virgilio— deshacen el equívoco de los contrarios, reúnen lo que siempre estuvo unido y nos lanzan al encuentro con la verdad de un mundo que la perversión del propio mundo niega.

La poesía, sí, es salvación. Así lo reconoce la tradición cristiana, que adora a un Dios que pronuncia y ama cuanto crea, y descubre en las palabras sobre aves y lirios el trazado de un camino de confianza y admiración. Por eso el poeta es un oferente arrodillado, uno que contempla su pobreza:

“Acepto
que nada es mío. Está bien así.
[Despojado
de todo estoy mejor. Ya es bastante
[decirlo.
Lo único que tengo es lo que dice
[algo.
Estoy con el lenguaje. Soy lenguaje.
[Eso es todo”.
(*Jardín Gulbenkian*, 60).

Ser lenguaje, reconocerse reducido a la capacidad de decir es algo que entronca con el profetismo bíblico, con el destino de cuantos se sintieron convocados a una existencia oracular. Saber que las palabras que se dicen no son propias, que uno forma parte de algo excesivo, *volente*, superior, a la vez que inviste a quien así vive de una responsabilidad muy grande —saberse decidor de lo indecible!—, es fuente de tranquilidad suprema. Por eso el poeta, asomado a su ventana, mira el mundo y se pregunta:

“¿Dónde está la pureza? ¿En el principio?
¿Cómo seguir, entonces? ¿Qué constancia
habrá que improvisar en medio de este
inesperado deterioro? ¿Cómo combatir sin saber? ¿Habrá catarsis?
¿Retornaremos al jardín? ¿Por dónde?
¿Cómo resucitar después de tanta profanación? ¿Vendrá también de fuera
la brisa? Dejaremos por si acaso abierta la ventana, lo que sea sonará. Necesito oírlo pronto.
Lo que venga será mejor que esto”.
(*Jardín Gulbenkian*, 57).

En cada una de las preguntas podría el corazón construirse su demora y esperar. Véase que el poeta levanta todo el hilado de interrogaciones sobre el concepto de pureza que, como sabemos por la

etimología rescatada del latín, nos introduce en el corazón como altar del sacrificio. Es allí, en la irreductible esperanza que solamente se fragua en lo secreto, donde el mundo –muy distante ahora del jardín– puede ser salvado.

Un poema, que aparece dedicado a los Capuchinos de El Pardo, nos indica sin hacerlo explícito el nombre de Dios:

“He oído en una conferencia
que hay uno
que asume todo nuestro desconsuelo.
Y he leído, en un libro
de un poeta, que hay uno
que puede verlo todo sin odiar.
Tienen que ser el mismo”.

(*Jardín Gulbenkian*, 55).

Obedece a una lógica perfecta que el poema más breve de todo

el libro sea el que nos diga lo superior. El poeta al que se hace referencia es Tomas Tranströmer y ese *que puede verlo todo sin odiar* aparece en el interior de *En el delta del Nilo*, transcripción de un sueño del que el poeta sueco despierta con el anuncio de esa bondad total.

Celebremos, con la medida de los que se saben pocos, la existencia de lo bueno. Hay en estos dos poemarios un catálogo de verdad y de amor, encarnado en formas diversas, convertido en dulzura y fuerza del lenguaje. Los lectores de poesía –los que vivimos sujetos a la rama verde del jardín– hemos de recibir con gozo, en un invierno que parece no acabarse, la irrupción de una nueva primavera. ■

La humanidad puesta a prueba

Bioética y COVID-19

Rafael Amo Usanos
Federico Montalvo Jääskeläinen(eds.)

El año 2020 la humanidad ha sido puesta a prueba por la crisis provocada por el coronavirus SARS-COV-2: los dilemas éticos de la atención a los enfermos con recursos limitados, el confinamiento, el modo de cuidado de los mayores, la investigación de fármacos y vacunas, y la desigualdad social que ha dejado la pandemia. Todo ello se hace en este libro valiéndose de unos buenos datos (históricos y médicos); y apoyados en una buena fundamentación en los principios de la bioética. Además, se hace un recorrido del COVID-19 por el mundo, y se dibujan algunas perspectivas bioéticas del mundo post-pandemia.



La humanidad puesta a prueba

Bioética y COVID-19

Rafael Amo Usanos (eds.)
Federico de Montalvo Jääskeläinen

ISBN: 978-84-8468-851-8
Universidad Pontificia Comillas 2020

